

por no hacerle caso, ella que era tan hermosa y tan tierna. Tan pronto profería las palabras mas obscenas, haciendo gestos lúbricos, los mas repugnantes, tan pronto llamaba á gritos á su amante, ó provocaba á los que tenia delante. En un momento de calma, en el que estaba sin camisola, se arrojó de la cama al suelo, y allí ejecutó movimientos lascivos repugnantes. Nada pudo aplacar en ella el furor erótico, sus fuerzas disminuían, se daba á un movimiento automático de todo el cuerpo, y por el roce de los muslos y las oscilaciones del bacinete se procuraba placer, segun lo expresaba su semblante. Así estuvo dos dias, y al fin murió.

Legrand refiere algunos otros casos que no son erotomanía, sino locuras ocasionadas por el amor, como alguno de los que le hemos tomado. El siguiente es uno de ellos. Un empleado de corto sueldo se enamoró en Paris de una actriz célebre por su belleza, talento y virtud, casada con otro artista muy distinguido. Se privaba de todo para poder tener un asiento de los principales del teatro el dia que salía en escena la actriz. Cierta dia, al ejecutar esta su papel, hizo aquel tales demostraciones, que tuvieron que echarle del teatro. Por largo tiempo la seguía en los paseos y á cuantas partes iba con su esposo, al cual el loco no reconocía por marido; decía que habia de casar con él, y la llamaba siempre señorita. A pesar de haberle dado un meneo vigoroso, una correccion regular, cierto dia se propasó en público delante de la actriz de un modo tan reprensible, que hubo que encerrarle.

La erotomanía degenera como todas las monomanías; el delirio se extiende á un gran número de objetos, se vuelve general, y por los progresos de la edad termina en demencia, en la que se encuentran aun los primeros elementos del desórden intelectual y moral, que caracterizó el principio de la afeccion.

En la Edad media fué muy general la erotomanía. Las mismas Cortes de Amor se rozan mucho con ella. Cervantes nos ha dado en su *Quijote* un modelo de monomanía erótica excelente. Su Dulcinea del Toboso, puramente ideal, y de la cual estaba prendado, es una prueba de esa monomanía. Entre los caballeros andantes habia mucho por el estilo.

Ninfomanía; satiriasis.

Esta forma de monomanía erótica se revela por deseos mas voluptuosos, mas lúbricos y mas desordenados que la erotomanía, desde su principio; debiéndose á la exaltacion de las impresiones genitales, á un estado del aparato genésico, que arrastra á la mujer hácia los hombres, y al hombre hácia las mujeres, sean quienes fueren. En la erotomanía, casi siempre se fija el erotómano en un objeto real ó imaginario; solo aquel le mueve é interesa; los demás, como no los tiene por su ídolo, suelen serle indiferentes. El monomaniaco erótico de esta otra especie no tiene objeto determinado; cualquier hombre es bueno para la ninfomaníaca, y cualquiera mujer para el satiríaco.

En las ninfomaníacas se observa de ordinario una especie de incomodidad epigástrica, sugestion uterina, angustias é inquietud, arrumacos graciosos, miradas muy tiernas y expresivas, solicitudes bajo todas las formas, actitudes provocadoras, familiaridades insólitas, ruegos y caricias lascivas, posturas lúbricas, viniendo á parar al fin á una desnudez completa y sin rodeos, y el furor uterino se declara con gestos y

gritos desordenados, que revelan la grande exaltacion de los órganos genitales. Si hay satisfaccion con la cópula ó sus suplementos, sobreviene la calma, sin apagarse los mismos deseos; pero á la primera ocasion se reproduce el parasismo erótico, y exige nuevos actos, y se entrega el sugeto á nuevos excesos, sin que se satisfaga jamás.

La satiriasis no es tan comun como la ninfomanía. En primer lugar, contribuye á ello no ser tan sensibles, tan impresionables los hombres como las mujeres. Cuando la castidad y el pudor no enfrenan á la mujer, los placeres venéreos son en ella mucho mas estrepitosos. En los mismos goces legítimos, es mucho mas comun que la mujer sienta con mayor viveza que el hombre. En no pocas, el éxtasis se declara en el momento del mayor placer. Si la mujer llega á perder el freno del pudor que tanto la embellece, nadie es capaz de presentar los actos lúbricos y obscenos á que la arrastra su mayor sensibilidad sexual.

Por otra parte, el hombre, á causa de nuestras costumbres, tiene mas medios de expansion y desahogo, mas distracciones, mas tareas que pueden hacerle desoir el grito de su aparato genésico, al paso que la mujer, encadenada por el pudor, por la reserva de vida mas sedentaria, menos distraida, sin poderse satisfacer tan fácilmente y sin peligro de su reputacion, cae á veces en ese deplorable estado, no solo por su organizacion ó enfermedad, sino por la abstinencia en que vive, si no está casada.

Por último, el hombre es raro que pueda cometer excesos, conservando vigor para la cópula; falta licor espermático, faltan las erecciones, faltan las funciones que exige su funcion activa, y todo eso contribuye á moderar por lo menos su fuego genésico; siquiera persistan las ideas lúbricas, el aparato genital no puede satisfacerlas. En la mujer no sucede nada de eso; su papel pasivo, la disposicion de sus órganos le permiten el cóito una infinidad de veces, y en lugar de apagar su postracion el fuego lascivo, le aviva con la misma irritacion que la repeticion del acto produce.

Sin embargo, no deja de haber casos de satiriasis en que el hombre se iguala á la mujer, hasta en el número de veces en que consuma la cópula, y eyacula sin perder su pene todo el vigor necesario.

Los satiríacos no reprimen su violento ardor; al contrario, le expresan con arrebato, y muy á menudo con cierta furia. Sus órganos genitales, excitados en grado sumo, arden y permanecen en accion continua. Los hay que repiten el acto venéreo muchas veces, y siempre con igual energía; y casos se han visto en que, si la mujer no ha podido resistirlos más, han apelado á la masturbacion para conseguir sus espantosos placeres.

Vamos á referir casos de una y otra forma, ó de esa monomanía en ambos sexos, que confirmarán lo que acabamos de decir.

Una mujer que habia sufrido algunos disgustos domésticos, entró en el hospital de locos de Montpellier por ataques de locura. Puesta en plan curativo, provocaba á los estudiantes y sirvientes con invitaciones obscenas. Curada y vuelta á su casa, hubo de ser de nuevo conducida al hospital, á causa de su furor uterino (1).

Una señora bien educada, de una clase superior de la sociedad, rica, sigue una conducta escandalosa, y acaba por irse á Paris y hacerse mujer pública (2).

(1) Rech, citado por Dugés; *Tratado práctico de las enfermedades del útero*, t. XI, p. 501.

(2) Orfila, obra citada.

Una señorita de esmerada educacion fué encerrada en un colegio, por cuanto preveían sus padres que, al menor descuido, se entregaria al primero que se le presentase. Así sucedió desgraciadamente, y hubieron de pedir su interdiccion (1).

Una jóven de quince años, recogida en la Salitrería al servicio de M. Trelat, honestamente educada por sus padres, llamaba desde la ventana á los soldados que pasaban por la calle, siempre que su padre, que era viudo, salía á sus quehaceres (2).

Otra chica de doce años, asistida por el mismo médico, hacia tiempo que se habia dado á los placeres; la voz se le puso gruesa; su fisonomía estaba envejecida, y su frente arrugada. Esta infeliz salía al anochecer bajo el pretexto de ir á ver á los amigos de su familia, y se paseaba por las aceras provocando á los transeúntes, á los cuales se llevaba á una casa que le habia proporcionado otra amiga por el estilo. La policía lo reveló á sus padres (3).

Una tal Sofía, hija de una familia de obreros de la mas severa moral, mucho antes de la pubertad, se le notó cierta precocidad en punto á amorsos, que obligó á los padres á vigilarla y hasta castigarla. Menstruó antes de los quince años y sintió deseos mas vivos. Por mas que vigilaron sus padres, aprovechó la primera ocasion para gustar de su placer, que, segun ella confesó, fué mas lejos de lo que esperaba. Desde ese momento su deseo fué mas exigente, y enojándola la presencia y vigilancia de sus padres, porque no podia satisfacerse cuanto queria, se fugó y fué á instalarse en otra poblacion, donde pudo llenar su insaciable concupiscencia. Todas las noches pasaba de los brazos de uno á los de otro, y siempre con mayor voluptuosidad. Descubierta su paradero por sus padres, se trasladó á Lyon, donde siguió la propia vida, asociándose á dos parientes, que hacian lo mismo; pero separándose de ellas pronto, porque le disgustaba el sentimentalismo que estas mostraban.

Se hizo embarazada y se fijó en un jóven, amándose tanto, que se casaron. Por de pronto pareció calmarse su furor uterino. Por espacio de tres años vivieron bien y parecia curada. Más, al fin, volvió á las andadas. Se fugó, se dió á vida desordenada, provocando á los hombres y maltratando á sus hijos, que le estorbaban, corriendo peligro su existencia, y se lo gastaba todo para andar errante de un punto á otro. Acabó por ser encerrada en un asilo, habiendo durado esa vida licenciosa seis años (4).

Una señora, jóven de veinte y ocho años, de buena constitucion, habia recibido una educacion brillante. Rodeada de bienes de fortuna, y dotada de todas las ventajas físicas, se habia casado á los diez y seis años. Estuvo embarazada varias veces; pero abortaba y deseaba vivamente ser madre, afligiéndola mucho la pérdida de sus engendros. Partió para América, y allí tuvo mayores disgustos. Convaleciente del tifus, se hizo notar por su volubilidad extraordinaria, pero sin incoherencia de ideas. Al quinto dia hace compras inútiles, disparata, habla de un modo indecoroso, y toma actitudes lascivas delante de los hombres. Si la visitan mujeres, las hace salir. Con hombres, con tal que sean elegantes ó estén bien vestidos, les hace varios ruegos para tener concubito con ellos y lograr ser madre. Una resistencia la entregó á actos de furor y sin que se

(1) Orfila, obra citada.

(2) Trelat, *Folia lucide*, pág. 41 y siguientes.

(3) *Ibid.*

(4) Renaudin, *Archivos clínicos*, 1862.

alterara en nada su entendimiento. Hubo necesidad de encerrarla y asistirla, y al fin recobró la salud.

Otra jóven, perteneciente á una familia honrada y distinguida, experimentó vivos deseos voluptuosos, que al principio pudo reprimir, y que satisfizo luego por medio del onanismo. No satisfecha con esto, empezó á revelar su fuego interno con propósitos y pláticas muy libres, rasgando el velo del pudor, y despues de provocaciones, gestos y palabras lascivas dirigidas á los hombres que estaban con ella, acabó por fugarse de la casa paterna y hacerse inscribir en los libros de las prostitutas. Descendida al rango mas abyecto de esas desdichadas criaturas, apenas pudo templar el fuego cada vez mas ardiente de su devoradora lubricidad, en su infame y altamente activa industria. En pocos años cayó en el último grado de embrutecimiento, sin que se le alterase la razon, ni tuviera el menor sintoma de otra clase de locura, ni la menor alucinacion (1).

Una señora de setenta años estaba dominada del mas repugnante furor uterino. Casta y discreta hasta los sesenta años, de repente se volvió ninfomaniaca con horrible impudencia. Empleaba todos los medios posibles para hallar quien la satisficiera, siendo la oferta de su fortuna, que derrochaba con ese objeto, el medio menos ridículo. Para aplacar la ferocidad de sus necesidades, no habia práctica obscena que no empleara (2).

Brierre de Boismont habla de una señora casada, á quien asistió por una afeccion comun, y despues de haberle hablado muy modesta, de repente se descubrió el pecho y levantó las sayas, brindándole al acto venéreo con la mayor impudencia (3).

Junto á ese caso indica otro el mismo autor de otra señora, jóven, viuda de un alto funcionario con ocho mil francos de renta, amada de sus deudos, que llegó al último grado de prostitucion, haciéndose *proxeneta*, y entre las varias observaciones de enagenadas que publica en el mismo opúsculo, hay algunas donde la erotomanía se manifestó en medio de otros delirios.

Veamos ahora casos de Satiriasis.

Buffón habla de un sacerdote vigoroso, muy casto, que á su pesar se sentia impulsado por la tentacion de sus órganos genitales al ayuntamiento sexual. No bastando sus esfuerzos para reprimir su fuego, que, si no en la vigilia, en los sueños le dominaba, produciéndole ensueños voluptuosos con eyaculaciones, se condenó á una dieta severa, hasta el punto de quedarse como un esqueleto. Tampoco consiguió nada; ilusiones y alucinaciones lascivas le sumergian en el placer. Acudió á un medio extremo, á la castracion, y se quedó libre de su mortal enemigo.

Marc encontró en una casa de salud á un hombre de treinta y seis años, pequeño y contrahecho, de mucho color, de un temperamento seco é irritable, que, á consecuencia de excesos de libertinaje, perdió la razon. No solo no hablaba mas que de sus conquistas pasadas y futuras, lisonjeándose de que ninguna mujer le habia resistido, y hablando de las mas famosas actrices, aunque castas, como otras de sus víctimas; sino que exponia las escenas mas lúbricas y se entregaba á los actos mas cínicos y repugnantes. Prendado de las pantorrillas de su hermana, esperaba obtener del Papa la dispensa para casar con ella ó cometer el incesto.

(1) Vidermay, *Diccionario de ciencias médicas*.

(2) Bolmer, *De la ninfomanía*, 1848.

(3) *De la Responsabilidad legal des aliénés*, folleto pág. 57.

Por los escándalos á que dió lugar en la vía pública, la policía le encerró en una casa de dementes.

Legrand habla tambien de otros dos casos; uno de ellos era un anciano de sesenta años, que se entregó, en un wagon de un tren, á atentados contra el pudor, y otro de sesenta y cuatro años, paralítico general, que por espacio de tres dias seguidos no cesó de masturbarse con una salacidad horrible.

Sandras dice, que asistió á un satírico que cohabitaba con su mujer doce y catorce veces todas las noches, y cuando su mujer ya no podia resistir tantas acometidas, seguia masturbándose al lado de ella. Era una satírisis crónica. Este autor indica que hay casos de satírisis aguda en que el cóito se ha ejercido por espacio de catorce horas cincuenta, sesenta y hasta setenta veces (1).

Un tal Arzac se empeñó en echar en el coche de la duquesa de Berry cartas amorosas, redactadas con toda la obscenidad imaginable. No le pedia citas, ni le demandaba que le correspondiese: todo su cuidado se empleaba en hacerle la descripción mas asquerosa y repugnante de los placeres que suponía haber gozado con la princesa. Hasta el mismo papel de las cartas llevaba indudables señas de esos hediondos placeres. Preso y conducido á la cárcel, negó redondamente que él fuese autor ni expendedor de tales cartas. Este sugeto fué reconocido por Marc, quien habia tenido ya que ocuparse en él diez años antes. Los administradores de Charenton le reconocieron tambien, porque habia estado en el establecimiento varias veces en 1800, 1805, 1814 y 1821, y siempre por cartas obscenas dirigidas á princesas, á la emperatriz Josefina, á la reina Hortensia; y cuando no tenia mujer régia á quien insultar, se las habia con las mas célebres por su riqueza, talento ó hermosura (2).

Entre otros casos de satírisis podriamos comprender muchos de los que dan lugar á ciertos actos que atacan de un modo repugnante la decencia pública, cometidos por individuos, que á sus desvíos mentales añaden los excesos ó desafueros lúbricos, y aquellos que, sin mas alteracion de su razon que sus aberraciones sexuales, no sienten el freno del pudor que defiende hasta á los hombres mas viciosos. A esta clase pertenece el que refiere Legrand du Saulle de un tal Carlos D., de treinta años de edad, pintor de edificios, que, sobre ejercer el cóito con su mujer con feroz salacidad, se colocaba en cierto paraje público, provocando á las mujeres que pasaban y masturbándose con asqueroso cinismo. En el acto de prenderle, se estaba tragando el producto de sus eyaculaciones. ¡Hasta ese punto de depravacion llegó ese infeliz á impulsos de su monomanía satírica!

Tal vez deberian figurar aquí como tipos de esas horribles aberraciones ciertos hechos de amor socrático y lésbico, y de sodomía tan fuera del orden comun, que no parecen posibles en un estado de razon. A estos pertenecen los horribles asesinatos cometidos en mas de setecientos niños por el mariscal de Francia, el muy alto y muy poderoso señor Gilles de Laval, contemporáneo de Juana de Arco, y compañero de glorias y fatigas de esta heroína y consejero del rey Carlos VII, el cual, sobre saciar sus innobles apetitos en esas pequeñas víctimas, los asesinaba luego arrojando los cadáveres á un pozo pudridero de su castillo. Segun él lo confiesa, se

(1) Tratado práctico de las enfermedades nerviosas.

(2) Enciclopedia de ciencias médicas; medicina legal.

alejó de la corte por sentirse inclinado á hacer otro tanto con el delfín, y le incitó á esas monstruosidades la lectura de un libro de Suetonio con láminas obscenas, donde describía los horribles placeres de los césares Tiberio, Caracalla y otros.

En los tiempos de Napoleon I, fué encerrado en Charleston el marqués de Sadé, que era otro tipo por el estilo. Durante su prision escribió un cartapacio lleno de las obscenidades que habia cometido. La restauracion hizo desaparecer ese padron de ignominia.

Monomanía cadavérica ó necromanía.

Legrand du Saulle refiere algunos hechos que incluye en la categoría de depravaciones eróticas; ó con el título de perversiones horribles de los sentidos, profanacion de cadáveres, atentados contra la muerte y sobre el féretro y violencia de sepulturas, expone varios casos, además de los que le hemos tomado como propios de la satírisis.

Entre esos casos, es verdad que hay algunos en que se profanaron los cadáveres, á impulsos de una aberracion sensual horrible, y que el erotismo parece ser el carácter culminante; pero hay alguno, en el que la profanacion de los cadáveres y la violacion de las sepulturas no tenian nada que ver con el instinto genésico extraviado, mas bien se afilian con el de la destruccion. A esta última especie pertenece igualmente otro caso que ha publicado Casper.

He dicho al principio de este capítulo, que no me siento inclinado á multiplicar los tipos radicales de la locura, ni á dar nombres particulares á las especies y variedades de tipos, tomando por base la tema del loco, porque en este caso se haria infinito el número.

Sin embargo, los casos en que me voy á ocupar son tan singulares; llevan un sello tan especial, que me parecen dignos de figurar, no como tipos radicales, pero sí como especies de monomanía, ó por lo menos como variedad, los unos de la monomanía erótica, y los otros de la homicida ó destructora.

La aberracion del instinto genésico, que conduce á cohabitar con cadáveres y no con mujeres vivas, tiene algo de especial, que en cierto modo justifica el formar un grupo que, sin dejar de ser monomanía genésica, no tiene los caracteres comunes, ni de la erotomanía, ni de la satírisis verdadera. Otro tanto puede decirse de la violacion de sepulturas y destruccion de cadáveres. No es la monomanía homicida, puesto que no se mata á un difunto; es una destruccion especial y muy característica que distingue esa clase de enagenados de los homicidas é incendiarios, como de los que la dan por estrangular, envenenar, etc.

Por lo tanto, creo que no se me argüirá de inventor arbitrario de formas de locura, si designo con el nombre de *necromanía* ó monomanía cadavérica esos casos, en los que el loco se dirige, especial ó exclusivamente, á profanar cadáveres y sepulturas, ya sea para gozar á las mujeres muertas, ya sea para destruir el exterior ó interior de los sepulcros y los restos inanimados que guardan.

No se crea que los tomo como un tipo radical, ni aun como una verdadera especie; son para mí una variedad que participa en unos de la monomanía erótica, y en otros de la de destruccion.

Esto sentado, veamos los casos de esas variedades, y empecemos por los que revelan aberracion del instinto genésico.

Un sugeto de veinte y siete años, de un temperamento linfático, pero dotado de gran fuerza muscular, imbécil, fué creciendo siempre indócil, violento y lleno de extravagancias. Educado en el hospicio de Troyes, nunca fué bueno para nada. Los que le tomaban para darle alguna ocupacion, tenian que devolverle al hospicio. A veces tenia ciertos accesos que parecian de maníaco; maltrataba, injuriaba y amenazaba con la muerte ó el incendio. Se escapaba del hospicio, erraba por los campos, volvía lleno de barro, hechas girones las ropas y extenuado de cansancio. En los intervalos, á veces trabajaba, y él solo hacia lo que tres ó cuatro trabajadores. Cierta dia atacó en público á una campesina para violarla, y desde entonces le encerraron en el hospicio del mismo Troyes. Burlando la vigilancia se introducía en la sala de los muertos, cuando sabía que habia mujeres, y se entregaba á las mas indignas profanaciones con los restos inanimados de esas infelices.

Este impúdico y horrible comercio llegó á oídos de los jefes, porque el mismo imbécil lo reveló, vanagloriándose de ello. Se tomaron medidas para impedirlo, pero ese tonto desplegó una astucia infernal para satisfacer su inmundo apetito. Se procuró una llave, y de noche se introducía en la sala, y seguía cohabitando con los cadáveres femeninos, hasta que al fin, sorprendido, fué encerrado en el asilo de enagenados de San Dizier. Esta observacion fué recogida por el doctor Bedor, y dió lugar á que W. Baillarger leyese un notable dictámen en la Academia de medicina de Paris en 1857.

Cuando yo estudiaba medicina en Barcelona, recuerdo que se decia de uno de los locos, que por allí andaban sueltos, que se le vigilaba, por haber profanado alguna vez los cadáveres femeninos depositados en la capilla ó en el patio, á donde se conducian los que habian de servir para las salas de diseccion.

Pocos años antes de la revolucion de 1789, un sacerdote fué convencido de haber saciado su brutal apetito en el cadáver, todavía caliente, de una mujer, al lado del cual habia quedado para recitar preces por su alma. Sobre este hecho fundó su novela M. Keraty, titulada: *El último de los Beaumanoir* (1).

En 1787, cerca de Dijon, en Citeaux, un abuelo del doctor Michea, que era médico de esa célebre abadía, salió un dia del convento para ir á ver á la mujer de un leñador, la que vivía en una choza solitaria en medio del bosque, y á la que habia dejado la víspera moribunda. El marido, ocupado en sus rudas faenas lejos de la choza, se vió obligado á abandonar á su mujer, que no tenia hijos, ni parientes, ni vecinos que la cuidaran. Al abrir el médico la puerta, se quedó absorto á la presencia de un espectáculo monstruoso. Un fraile ó lego, que recogía limosnas, estaba cohabitando con la pobre mujer, que ya no era mas que un cadáver (2).

Brierre de Boismont refiere que en una pequeña ciudad de provincia, fué detenido cierto sugeto, hijo de una familia muy buena, muy acomodado y de notable educacion, por un acto extraordinario y repugnante en el cual nadie queria creer, hasta que fué probado en el proceso. Acababa de morir una señorita de diez y seis años, perteneciente á una de las primeras familias de la ciudad. Habia trascurrido parte de la noche, cuando

(1) Legrand du Saulle, obra citada, p. 523.
(2) *Union méd.*, 17 de julio de 1849.

se oyó un ruido en el cuarto de la difunta, como de un mueble derribado. La madre que descansaba en una pieza vecina, se levantó para ver lo que era aquel ruido. Al entrar apercibió á un hombre que se escapaba en camisa, bajando de la cama donde estaba la jóven muerta. Su espanto le hizo arrojar un grito y otro grito, á los cuales acudieron todas las personas de la casa. Cogieron al desconocido que parecia insensible á cuanto acontecia á su alrededor, y que solo respondia confusamente á las preguntas y reconvencciones que se le dirigian. Al principio todos creyeron que era un ladrón; mas el verle en camisa y ciertos signos significativos, les hizo mudar de idea, y pronto reconocieron que la jóven habia sido desflorada y gozada mas de una vez recientemente. El proceso puso en claro que ese infeliz habia ganado á precio de oro á la mujer encargada de guardar por la noche el cadáver de la señorita, y mayores investigaciones probaron que no era la primera vez que se entregaba á tales escenas. En muchas ocasiones se introducía en las casas, donde habia mujeres jóvenes muertas, y cohabitaba con ellas. Fué condenado á encierro perpétuo (1).

Legrand du Saulle y Morel no creen que esos casos sean de verdadera locura, aunque el primero los refiere en su obra como casos de perversiones sexuales. La condena que sufrió el sugeto del último, parece conducir á pensar lo mismo.

Ciertamente que las dos relativas al fraile y al sacerdote no presentan mas que los caracteres de un crimen, y que el del último, se ofrece tambien como tal, repetido muchas veces. El único que puede considerarse como acto de alienacion mental, es el del imbécil del hospicio de Troyes.

Sin embargo, tambien han sido condenados como criminales otros que habian cometido otros delitos, y los alienistas han tratado de probar que se habia castigado á enfermos. El mismo Morel calificó de injusta la condena que sufrió el pintor de edificios, á quien sorprendieron masturbándose en la vía pública.

No afirmaré que siempre que un sugeto cohabite con una mujer difunta lo haga por estar loco. La pasion brutal puede llevar á un cuerdo á toda clase de excesos. Mas me parece tan fuera del orden natural y comun esa pasion por un cadáver, ó por mejor decir, por los cadáveres femeninos, que, antes de considerar al agresor dotado de razon, lo pensaria mucho. El imbécil de Troyes, y el sugeto sorprendido en camisa, dado á esa clase de ayuntamientos, me parecen tan dignos de ser colocados entre los monomaniacos, como los que matan, incendian, roban, etc., etc., y sobre todo como los que atacan, á fuer de satíricos, á las mujeres vivas. Si estos han sido considerados como monomaniacos, ¿por qué no lo han de ser los que atacan á las difuntas? ¿Cuánto mayor no es la aberracion del instinto en los últimos? Los satíricos que atentan contra las mujeres vivas, lejos de luchar con las condiciones repugnantes de estas, encuentran sus atractivos naturales como incentivos del amor físico; al paso que los satíricos que satisfacen su pasion en cadáveres, no pueden hallar en estos atractivo natural alguno. La mujer mas hermosa lo pierde todo con la muerte, y mas aun, segun la enfermedad á que sucumbe y el tiempo que está cadáver. Si acaba de morir, la suciedad de la cama y las ropas de la difunta, lo desfigurado de su semblante, el mal estado de los órganos genitales, como el del ano, son bastantes para hacerla repug-

(1) *Gaz. méd.*, 14 de julio de 1849.

nante. Si ya ha pasado algun tiempo, aunque se amortaje la difunta, la putrefacción mas ó menos rápida que se apodera del cadáver, han de volverle mas asqueroso y de enfriar al sátiro mas ardiente. De cada cien hombres cuerdos y viciosos entregados á todas las aberraciones de su moral, que se llamaran pará hacerlos cohabitar con una muerta, tal vez no se hallarian dos que se decidieran á ello.

El que para saciar su apetito venéreo se echa sobre un cadáver, teniendo tantas mujeres vivas para satisfacerle, denota que hay algo mas en él que una pasión voluptuosa; revela una aberración del instinto genésico, tan enfermiza como otras que se admiten de otros instintos. Eso no puede ser pasión. Se concibe que un amante que perdiera á su amada, arrastrado por su pasión quisiera gozarla, siquiera fuese cadáver, y aun habria que tener en cuenta el extravío ya casi loco de esa pasión; pero que un individuo busque cadáveres de cualquier mujer jóven, ya no tiene los caracteres de la pasión que siempre se particulariza, que siempre es relativa, jamás absoluta, como lo veremos en su lugar, al establecer las diferencias que caben entre un acto cometido por el apasionado y el perpetrado por un loco.

La integridad mental del sugeto no debe ser un obstáculo para aceptar esa forma de locura, como no lo es para aceptar otras que consisten en aberraciones de sentimiento ó instinto, y el que los tribunales hayan condenado á los convictos de esos desmanes, no es tampoco una prueba de que sean cuerdos. Tambien condenaban antes á los monomaníacos homicidas, incendiarios, kleptomaniacos, etc. ¡Cuántos esfuerzos no han tenido que hacer los alienistas para convencer á los jueces y hombres de la ley, de que existe la locura en esa clase de enagenados!

Si los hechos que nos ocupan fueran mas numerosos; si en lo sucesivo se aumentaran, como se han aumentado los demás, sin duda llamaria la atención de los médicos legistas esa forma de extravíos, y acabarían por ver que hay en semejantes casos algo mas que pasión desenfrenada, que vicio asqueroso, que depravacion moral responsable; verian un hecho análogo á las aberraciones de la biofilia, de la pica, la malaxia; de ese apetito que lleva al enfermo á comer yeso, sal, y acaso cosas mas repugnantes y antihigiénicas.

Como quiera que sea, bueno es tener en cuenta que la ciencia ha recogido esos hechos; que los autores que se han ocupado en ellos, no los tienen en general ni por una forma especial de monomanía erótica, ni por actos de locura, como no haya algo mas en el sugeto que comete semejantes desafueros.

Veamos ahora otros hechos, en los que no aparece el extravío del instinto genésico que se desahoga en los cadáveres.

Casper refiere la observacion siguiente:

Un agente de policia de Berlin dió parte de que, por la tarde de un domingo del mes de abril, se habian encontrado devastados dos cementerios; estaban rotas y esparcidas por el suelo las flores, coronas, ornamentos y lápidas de varios sepulcros. El 2 de mayo siguiente dió parte tambien de que habia otros dos sepulcros saqueados. El dia 14 del mismo mes, dió parte de otras cuatro sepulturas de niños devastadas.

El autor de esas profanaciones era un tal Carlos Muller, de veinte años de edad, natural de Berlin, de oficio tejedor, de escasas facultades intelectuales, débil, pálido, de mediana estatura, mirada franca y fisonomía de imbécil. Preso, al acabar de asaltar un cementerio por una reja,

confesó que habia profanado una sepultura, y manifestó extrañeza, cuando le hablaron de otras profanaciones iguales en diferentes cementerios. Hé aquí como se expresó: «Durante la primavera he visitado varios campos santos de los que se hallan en la puerta de Halle. No sé por qué iba. Lo hacia los domingos y los dias en que no trabajaba. En tres cementerios he arrancado y roto las flores y ornamentos de muchos sepulcros, pero no he robado nada. Yo no sé lo que me impulsaba á cometer tales actos, no me lo puedo explicar. No conozco á las familias á quienes pertenecen esas tumbas; no tengo, pues, ningun resentimiento hácia ellas. Yo no estaba borracho, tenia mi razon perfecta; sin embargo, lo repito, no puedo explicar la causa que me obligaba á obrar así. Tampoco hay ningun motivo que se refiera á la religion, y será en vano que me pregunten cuanto quieran el motivo, jamás podré responder otra cosa que no lo sé. Yo veo que eso es malo y que merece un castigo; he causado perjuicios, yo los repararé. Es la primera vez que me veo delante de la justicia, he sido siempre hombre de bien, y he trabajado para ganarme la vida.»

Muller fué detenido y acusado, y se pidió contra él la pena de seis meses de detencion. Su defensor trató de hacerle pasar por loco; Casper fué consultado, y aunque se supo que era verdad todo cuanto decia ese jóven, respecto á sus antecedentes y los pormenores de sus atentados, y á pesar de considerar muy extraño el hecho y á primera vista como propio de un insensato; sin embargo, creyó que no se salia de los límites fisiológicos, que se habia cometido en un estado de cordura, y por lo mismo responsable, hallando la razon moral, la *causa facinoris*, en el deseo que tienen muchos de hacer valer su fuerza muscular, ó de hacerse notables por alguna extravagancia ó malignidad, como los chicos que rompen faroles, cristales de las tiendas, que echan ácido sulfúrico á los vestidos de las señoras, etc. Despues de este dictámen Muller fué condenado á seis meses de prision (1).

Francisco Bertrand, de edad de veinte y cinco años, natural de Voisey, alto Marne, habia salido del seminario de Langres antes de concluir la filosofía, y abrazó la carrera militar. Llegó á sargento del 47 de línea y pasó en su regimiento por un excelente militar, y se le nombró secretario del cajero, lo cual le dejaba libre el tiempo y podia ausentarse sin faltar á la lista.

Hacia algun tiempo que en diferentes cementerios de Paris se encontraban abiertas y profanadas algunas sepulturas, con cadáveres principalmente de mujeres, profanadas y desgarradas de un modo horrible. Los guardias vigilantes de esos cementerios habian hecho fuego tres veces á un hombre, que escalaba los campos santos, pero jamás le acertaron. Se inventó una máquina ó trampa para cogerle, haciendo explosion al menor roce. En la noche del 15 de mayo de 1849 escaló el muro del cementerio del Monteparnaso y fué herido al ir á saltar ese muro. Se retiró y se fué al hospital de Veldegrace, para que le curaran, y declaró todo lo que habia hecho al cirujano mayor del hospital Marchal de Calvi. Hé aquí el interrogatorio que se le hizo en el consejo de guerra y lo que contestó:

P. ¿A consecuencia de qué sensacion os entregabais á tales excesos?

R. No lo sé; no puedo decir lo que pasaba en mí.

P. ¿Confesais todos los hechos?

(1) Obra citada, p. 407 y siguientes.

R. Me reconozco culpable de todas las profanaciones de sepultura de que se me acusa, y aquí dice cuando fué herido y á dónde fué á parar.

P. ¿Con que reconocéis que sois el autor de las violaciones que se han hecho en febrero de 1847 en Blere cerca de Tours; en junio del propio año en el cementerio del Este; en julio y agosto de 1848 en el cementerio del Sud; el 25 de agosto en el cementerio de Yvry; en setiembre, por segunda vez, en el mismo cementerio, y en diciembre, en el mismo lugar, en muchos cadáveres?

R. Todas esas fechas son exactas á poca diferencia. Cuando me metía en un cementerio, era una rabia, una locura lo que se apoderaba de mí. Hubo noche que desenterré de diez á quince cadáveres, y despues de haberlos mutilado, los volvia á colocar en su sitio.

P. ¿Y qué motivo, qué objeto teniais, al violar así las sepulturas y daros á tan horribles actos?

R. Ninguno; sentia un deseo irresistible de destruccion y nada me detenía para escalar un campo santo, para saciar esa especie de rabia por mutilar cadáveres, pero sin ocuparme en otra cosa, *ni buscar el sexo*. No puedo hoy día darme cuenta de las sensaciones que experimentaba, desparramando los restos de esos cadáveres.

P. ¿Con que instrumento haciais las incisiones y desgarros de los miembros?

R. Lo mas comun con mi sable-puñal, y otras veces con una navaja ó un cortaplumas.

P. ¿Y cómo lograbais desenterrar á los muertos?

R. (*Friamente*). Con mis propias manos, ó con el primer instrumento que encontraba á mano. A veces tenia las manos ensangrentadas, pero *no sentia el dolor hasta el dia siguiente*.

P. ¿Y qué se pasaba en vos despues de haber satisfecho vuestra pasión?

R. Me retiraba atacado de una calentura que me hacia temblar; luego sentia necesidad de descanso, dormia muchas horas consecutivas en cualquier parte; pero durante ese sopor, oia todo lo que se hacia alrededor de mí.

P. ¿Y como explicais esa preferencia en escoger, para vuestras mutilaciones, cadáveres de mujeres mas bien que de hombres?

R. Yo no escogia, si bien es verdad que he desenterrado mas mujeres que hombres.

P. ¿Y no os conducia en esos actos otro sentimiento que el de la destruccion de los cadáveres?

R. No, mi coronel.

P. ¿Es muy extraordinario que siempre procuraseis saciar vuestra pasión en muertos y jamás en seres vivos.

R. Es una enfermedad en mí; desde que estoy en el hospital, no he tenido tales conatos, pero no sé si estaré completamente curado, cuando salga de este asunto.

P. Un testigo ha dicho que el cadáver de una jóven estaba como *mascado*: ¿acaso acometiais los cadáveres con los dientes?

R. No, señor presidente, nunca he hecho uso de mis dientes. El testigo habrá querido decir, que los cuerpos desgarrados por una navaja mal afilada ó por mi sable, dejaban en las partes separadas rasgaduras incompletas, que les daban el aspecto que les darian los ratones, si hubiesen mordido esas partes.

P. Cuando abriais los cadáveres, ¿metiais las manos en su interior?

R. (*Con una grande impasibilidad y con el tono mas sosegado*). Sí, coronel, metia las manos dentro para arrancar las entrañas, y á veces las regiones superiores, de donde arrancaba los hígados. (*Movimiento de horror en el auditorio*).

P. ¿Y no os daban horror semejantes actos? ¿No experimentabais algun sentimiento, que os hiciese comprender toda la odiosa enormidad de vuestro desenfreno?

R. Ciertamente que sí; y mas que nadie experimentaba ese sentimiento; pero no podia abstenerme de repetirlo, aun á riesgo de mi vida. Así es que yo sabia que habia una máquina para darme la muerte, y por eso no he dejado de asaltar las paredes del campo santo. Una vez esa máquina dió higa; hubiese podido llevármela, pero me contenté con desmontarla de un puntapié. Entré en el cementerio y desenterré muchos cadáveres. Era un anochecer en que habia una oscuridad profunda, el tiempo estaba horrible; llovia y tronaba mucho. Al salir del cementerio del Monteparnaso, me fuí al de Yvry, donde hice lo mismo, y entré en el Luxemburgo á las tres ó á las cuatro de la mañana.

P. ¿Y no os habeis preguntado alguna vez á qué conducia esa destruccion de cadáveres ya pasados?

R. Cuando mi enfermedad se declaraba, sentia, sin poder darme cuenta de ello, esa necesidad de destruir.

P. ¿Y os acometia á menudo esa enfermedad?

R. Casi cada quince dias, y se *anunciaba con dolores de cabeza*.

P. ¿Sentiais lo mismo á la vista de animales muertos?

R. No, mi coronel; no sentia nada.

P. ¿Desde que estais en el hospital, habeis sentido esos espantosos deseos?

R. No, mi coronel. Y estoy seguro que ahora quedo completamente curado. He visto friamente cadáveres, no he temblado... no habia visto morir á nadie. Desde que estoy en el hospital, han muerto muchos camaradas cerca de mí... ¡Ah! sí estoy curado, porque ahora un muerto me da miedo. (*Viva y profunda sensacion*).

Despues de este interrogatorio se oyó la declaracion de Marchal de Calvi, y este dijo al Consejo que tenia que hacer una confidencia horrible por encargo del acusado, y añadió que mutilaba todas las partes hendiendo la boca hasta las orejas y separando los miembros. Reconoció que no tocaba los cuerpos de los hombres, no podia explicarse la preferencia que daba al principio á las mujeres. Pero que al fin se despertó otra pasión, y cometió actos que explicaban esa preferencia.

El doctor Lunier, alienista muy distinguido, visitó é interrogó á Bertrand y ha publicado sobre su estado mental una memoria muy interesante en los *Anales médico-psicológicos*. En ella se lee este pasaje. « Cuando por la primera vez, en el cementerio de Bleré, en febrero de 1847, Bertrand entró como instintivamente á desenterrar y mutilar un cadáver, no sabia á qué sexo pertenecia, y confesó que en esa época no le asaltó la menor idea de cohabitar con los cadáveres que exhumaba. Pero que en el mes de julio de 1848, en el cementerio del Monteparnaso, donde habia desenterrado á una mujer jóven, *bastante bien conservada* (son sus expresiones), le vino la espantosa idea de entregarse al acto inaudito que no se atrevió á revelar en el consejo. En ese acto estaba muy lejos de estar tranquilo cuando le perpetró, pues acababa de mutilar cinco ó seis

cadáveres, y como si hubiese olvidado lo que acababa de hacer, se abandonó esa misma noche mas que nunca á su instinto destructor. Bertrand le confesó además que desde entonces solo habia cohabitado dos veces con los cadáveres que exhumaba, una en diciembre de 1848, y otra en enero de 1849.

El consejo de guerra condenó por unanimidad á Bertrand, como culpable de violacion de sepulturas, á un año de prision, *máximum* consignado en el artículo 360 del código penal. El reo escuchó la lectura de la sentencia con la mayor impasibilidad, y el único sentimiento que se pudo revelar en él, fué una especie de sonrisa que desfloró sus labios. Es de advertir que ese desdichado tenia un tio materno que murió loco (!).

Como se ve, en esos dos casos, y especialmente en el primero, no hay nada de erotismo. En el segundo, por confesion del propio Bertrand, en muchas ocasiones, aunque desenterrase mujeres, no saciaba en su cadáver otro instinto que el de la destruccion. Separando las pocas en las que cohabitó con ellas, las cuales pueden asociarse á las de la primera variedad, las demás son de la segunda.

Yo respeto la opinion de Casper, que declaró cuerdo al jóven tejedor devastador de sepulturas, en estado de razon. Si hubiésemos de discurrir como ese ilustre médico legista, jamás faltaria una razon moral para explicar los hechos. Cuando esa razon no se encontrara, siempre podria decirse: lo que ha hecho ha sido para singularizarse, para hacer hablar de él. No es ese el criterio mas acertado para juzgar esos casos. Ya hablaremos de ello en su lugar.

En cuanto á los excesos de Bertrand, y respecto de los que cohabitó con los cadáveres, no tengo nada que decir ó añadir á lo dicho respecto de los demás casos análogos; pero en cuanto á las mutilaciones de cadáveres, se me figura que hay tanta razon para calificar esos casos de enagenacion mental, como otros muchos de otra índole que los autores reconocen.

Si declaran monomaniacos homicidas á los que sacian su furor sanguinario en cuantos vivos caen en sus manos, ¿por qué no han de hacer otro tanto con el que asalta los cementerios y sacia ese furor en los cadáveres? Yo no veo lógica en esa diferencia.

Repito lo que he dicho: Si esos horribles casos fuesen mas frecuentes; si algun otro los aumenta, veremos como los autores no vacilarán en considerar esos hechos como pertenecientes á la categoría de la locura en esa forma.

Esa manía de exhumar cadáveres, en otros tiempos y en los países del norte, se ha conocido bajo el influjo de una supersticion que ha hecho epidémica esa locura, como se han hecho epidémicas tantas otras extravagancias, debidas tambien á la supersticion ó preocupaciones populares. Me refiero al *vampirismo*.

Sabido es que, hace cerca de dos siglos, se esparció por los pueblos de raza eslava, Polonia, Siberia y Moravia, y que hoy existe todavia en la Grecia, introducida por los dálmatas y montenegrinos, el error vulgar de que los muertos salen de noche de las sepulturas, para ir á chupar la sangre de los vivos, volviéndose luego á la tumba. Los así chupados durante el sueño, palidecen, se demacran y sucumben, en tanto que los cadáveres que eso hacen y que se llaman *vampiros*, toman color son-

(!) Legrand du Saule, loc. cit., pág. 544 y siguientes.

rosado, por el cual se conocen, cuando se abre el sepulcro. Cuando alguno se ve víctima de un vampiro, se dirige al cura, que se traslada al sepulcro sospechoso, exhuma el cadáver y le penetra el corazon con alfileres, espinas ó un punzon, con el cual creen que el vampiro ya no hace mas excursiones nocturnas.

La exhumacion de los cadáveres, á impulsos de una idea delirante ó de una preocupacion vulgar igual en resultados, siquiera fuese un acto de locura, no constituiria casos de la naturaleza que nos ocupa; como no son casos de monomanía homicida, los homicidios perpetrados por locos, al impulso de una idea delirante ó de los embates de furor de la manía.

Los casos que nos ocupan no van acompañados de ninguna idea. Ni el tejedor, ni Bertrand, sabian explicarse, por qué el uno destrozaba los sepulcros y por qué el otro mutilaba los cadáveres. Eran aberraciones del instinto, que pone en movimiento el sistema muscular, y esa misma destitucion de idea, de motivo, de objeto, da derecho, como lo da en otros casos, para creerlo, no una depravacion moral, sino una enfermedad de ese instinto.

Monomania ebriosa ó dipsomania.

Aquí no vamos á hablar de la embriaguez ó de la locura sintomática que producen las bebidas alcohólicas: tratamos de una dolencia que precede á las bebidas; que provoca á ellas, y que, de consiguiente, produce la embriaguez.

Esquirol, de quien tomamos tambien algunos casos prácticos de esa especie, dice que los hay en los que la embriaguez es el efecto de la turbacion accidental de la sensibilidad física y moral, que coarta al hombre su libre albedrío: los enfermos que tenian antes costumbres apacibles, y eran sóbrios, cambian de pronto; algunas causas físicas ó morales provocan este cambio, algunos signos precursores le anuncian. Concluido el acceso, los enfermos vuelven á sus hábitos de temperancia. Las recidivas son frecuentemente provocadas por las mismas causas, anunciadas por los mismos fenómenos; algunas veces se efectúa en épocas fijas. No es raro que en el período de cesacion menstrual en las mujeres, sintiéndose débiles, procuren buscar un tónico bebiendo licores fuertes, y concluyendo por la embriaguez y sus consecuencias.

Hé aquí algunos casos que demuestran cuanto acabamos de decir:

«Un mercader, durante tres años continuos, á la aparicion del otoño, se volvia triste, inquieto y perezoso; olvidaba su comercio, y para disipar su morosidad, bebia cerveza al principio, concluyendo por embriagarse todos los dias; entonces corrian peligro su familia, su mujer y fortuna. Apenas aparecian los primeros dias de la primavera, M... perdia de repente el deseo de beber que le habia atormentado todo el invierno; volvia á sus hábitos de sobriedad; reparaba las pérdidas que habia sufrido su comercio, y procuraba por mil medios compensar á su mujer de los disgustos que le habia dado.»

«La señora de... habia observado siempre una conducta regular: á los cuarenta y dos años empezaron á desarreglarse sus ménstruos; se quejaba de dolores de estómago y laxitudes espontáneas: con la esperanza de fortificarse, bebia vino y se sentia aliviada; fué aumentando poco á poco la cantidad, y concluyó por beber sin que lo supiera su familia; mas tarde se procuraba aguardiente, se enervaba, y la embriaguez la